

Misión y Caridad: una Identidad en Relación

Vinicius Augusto Teixeira, C.M.

“El fenómeno religioso latinoamericano y la identidad vicenciana”

Misión y Caridad. Este es el binomio que sintetiza y expresa la riqueza del carisma vicenciano, su mística y su profecía. Es lo que estructura y moviliza nuestra identidad, delineando una forma de ser y de actuar en la Iglesia y en el mundo. Inmersos como estamos en un escenario variado, diverso y multifacético en todos los ámbitos (étnico, ético y estético; cultural, religioso y eclesial; espiritual, apostólico y comunitario), no podemos olvidar la gracia y el reto de asimilar, vivir e irradiar los valores y exigencias de nuestro carisma caritativo-misionero, con todo lo que inspira y requiere, dentro de los diferentes contextos en los que nos situamos como depositarios de la herencia recibida de San Vicente de Paúl.

Hace casi dos siglos, el carisma vicenciano fue plantado en América Latina, comenzando por la tierra fértil de Brasil en 1820, con la llegada de los Padres portugueses¹. Durante este período, los nefastos perjuicios causados por las revoluciones europeas no

¹ Fue en este año de 1820 que la Congregación de la Misión (CM) se estableció formalmente en Brasil, con los Padres Leandro Rebelo Peixoto e Castro (1781-1841) y Antonio Ferreira Viçoso (1787-1875), éste, futuro obispo de Mariana, hoy *venerable*, caminando hacia la beatificación. Pero parece que, ya en 1640, la *Propaganda Fidei* había ofrecido a San Vicente una misión en Brasil. Es lo que se desprende de una *posdata*, añadida por nuestro fundador a una carta dirigida al P. Lebreton, residente en Roma (cf. SV II, 90). ¡También Brasil estuvo en el horizonte apostólico del místico de la caridad y la misión! [cf. RYBOLT, John. *The Vincentians: a General History of the Congregation of the Mission*. Vol. 3: Revolution and Restoration (1789-1843). New York: New City Press, 2013, p. 593-596].

lograron cortar la vitalidad del carisma misionero de la Congregación. Al mismo tiempo, nuevas perspectivas se fueron abriendo a través de una *expansión ultramarina*, en particular hacia el continente americano². Poco a poco, otros países se fueron convirtiendo en suelo fértil para la Misión y la Caridad, gracias al celo apostólico de los hijos de San Vicente: México (1844), Chile (1854), Perú (1858), Argentina (1859), América Central (1862), Cuba (1863), Colombia y Ecuador (1870), Puerto Rico (1873), Costa Rica (1893), Venezuela (1931)³. En el continente *de la esperanza y el amor*, la Caridad y la Misión revelaron su fecundidad, desarrollándose de manera sólida y produciendo frutos abundantes, destacándose en acciones e instituciones dedicadas a la evangelización y al servicio de los pobres y a una consistente formación de los clérigos y laicos. Nuestro suelo es regado con el sudor de centenares de Misioneros que aquí dieron sus vidas, *revestidos del espíritu de Cristo y fieles a San Vicente* (CC 1). En nuestros países, de menor o mayor extensión geográfica, la Familia Vicenciana floreció admirablemente, atrayendo y enviando hombres y mujeres para la cosecha del Reino, disponibles a las llamadas de la Iglesia y atentos a las necesidades de cada momento.

En este breve estudio, conducidos por el Documento de Aparecida (DA)⁴, vamos a empezar considerando algunos aspectos del fenómeno religioso latinoamericano. Luego buscaremos en el carisma vicenciano inspiración e impulso para revitalizar la caridad y la misión en las actuales circunstancias. Por último, presentaremos algunas indicaciones con el fin de hacer cada vez más creativa y eficaz nuestra fidelidad.

² Cf. ROMÁN, José María. Lecciones de Historia General de la Congregación de la Misión. In: *Anales de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad*, Madrid, tomo 113, nn. 4-5, julio-octubre 2005, p. 405.

³ Datos recogidos de: CONGREGATIO MISSIONIS. *Catalogus provinciarum, domorum ac personarum (2014-2016)*. Roma: Curia Generalitia.

⁴ Emanado de la V Conferencia General del Episcopado de Latino América y del Caribe (13-31 de mayo de 2007).

1. Secularización, crisis de sentido e irrupción religiosa

La fragmentación cultural, social y religiosa ha causado malestar generalizado, lo que provocó en muchas personas un profundo sentimiento de inseguridad, angustia, frustración y ansiedad, cuando no verdaderos desequilibrios emocionales y psíquicos. A este complejo fenómeno, los estudiosos lo denominan *crisis de sentido*. Él no se limita a los “*múltiples significados parciales que uno puede encontrar en las acciones cotidianas que realiza, sino que se refiere al sentido de que da unidad a todo lo que existe y nos sucede en la experiencia, y que los cristianos llaman sentido religioso*” (DA 37). Todas estas tendencias e impactos culturales se producen con mayor incidencia en el mundo urbano, pero no dejan de influir en el medio rural, debido principalmente a los efectos de la globalización, amplios aunque desiguales, y a la amplia difusión de los medios de comunicación, particularmente las diseminadas redes sociales, con las ventajas y los riesgos que plantean. Cuando se pierde de vista la dimensión trascendente de la existencia, prescindiéndose de la experiencia religiosa, circunscribiendo su movimiento y su meta a la propia interioridad, en la historia o la naturaleza (inmanentismo), se estrecha el horizonte de la vida y de sus relaciones fundamentales. De hecho, “*la fuerza integradora de lo sagrado permite que todas las realidades creadas adquieran, a partir de él, su sentido, su valor y su consistencia. Apartarse de lo sagrado es someterse a la anomia, a la pérdida del sentido, al caos*”⁵. En otras palabras, cuando *el sentido religioso* se encoge, se diluye la unidad dinámica entre el ser y el actuar, el yo se impone como criterio absoluto y arbitrio incuestionable, se debilita el reconocimiento objetivo de la dignidad humana, los valores éticos se esfuman, las aspiraciones más radicales dan paso a la tiranía de los deseos efímeros, la conciencia ecológica empequeñece, el compromiso socio-transformador se empobrece o

⁵ LIBANIO, João Batista. *A religião no início do Milênio*. São Paulo: Loyola, 2002, p. 94. En esta magistral obra, el autor, fallecido en 2014, analiza en detalle el fenómeno religioso contemporáneo, distinguiendo sus formas, causas y consecuencias.

degenera en ideologías sectarias y narcisistas, destituidas de principios y fines claros. Se establece, por lo tanto, un *vacío existencial*, que a menudo se trata de llenar absorbiendo con voracidad cada momento para luego lanzarse en el tedio del aislamiento (facilitado hoy por el mundo virtual), en la compulsión del sexo o en la avidez del consumo. Todas estas tendencias, fuertemente activas en la cultura posmoderna, contribuyen al desvanecimiento del sentido de la vida y la trivialización de valores, sentimientos y actitudes que ennoblecen al ser humano, sus opciones y acciones.

Sin embargo, una y otra vez, *«la crisis de sentido y de valor permite que, fácilmente, se provoque en las personas necesidades y deseos religiosos»*⁶. En América Latina, el proceso de secularización, con sus características de autonomía y de indiferencia, se mueve junto a un singular y complejo brote religioso. Este fenómeno, en su impresionante variedad de formas y expresiones⁷, se caracteriza por el alejamiento de las tradiciones formales, por el énfasis en la subjetividad y la búsqueda sedienta de satisfacción en la enorme variedad de productos religiosos colocados a disposición de todo el mundo. Teniendo en cuenta esta religiosidad subjetiva y fluida, de fuerte contenido afectivo-emocional, pierde espacio la religión institucional, organizada socialmente, que estructura ritos, símbolos y doctrinas, transmitiéndolos en forma de tradición a una comunidad de adeptos. Se renuncia a la dimensión propiamente objetiva de la fe, aquella que, apoyada en un dato trascendente o en una palabra revelada, solicita la adhesión, la conversión y el compromiso del *homo religiosus*⁸. Se constata, por tanto, un desplazamiento de las

⁶ LIBANIO. *A religião no início do Milênio*, p. 39.

⁷ Como aseguró el gran teólogo pastoralista Alberto Antoniazzi, en referencia al escenario religioso brasileño: “*La gran tendencia de las últimas décadas o de la modernidad, en el campo religioso es la diversificación y fragmentación*” (citado por LIBANIO. *A religião no início do Milênio*, p. 25).

⁸ Padre Libanio dedica un capítulo entero de su libro a una interesante delimitación conceptual de los tres campos semánticos: *religión, religiosidad y fe*, poniendo de relieve las diferencias y convergencias (cf. LIBANIO. *A religião no início do Milênio*, p. 87-110).

tradiciones institucionalizadas e incluso de (con)fusiones sincretistas para intimismos acomodados a conveniencias espirituales o a prácticas aisladas, seleccionados de acuerdo con el gusto y la urgencia de cada individuo. Crece el número de personas desconectadas de las instituciones religiosas y siempre en busca de experiencias que les proporcionen sentido, vigor y esperanza, sin importar de dónde o de quién provengan las respuestas a sus inquietudes existenciales (instituciones tradicionales, denominaciones autónomas, movimientos pentecostales, nueva era, neo-paganismo, tendencias diversas, etc.). En la observación de J.B. Libanio, una síntesis perfecta de la «*secularidad sagrada*», que configura el fenómeno religioso contemporáneo en América Latina: «*Desde dentro del anuncio de la muerte de la religión y el avance de la secularización, brota el retoño robusto y lleno de vida de las más diferentes expresiones religiosas*»⁹. En nuestros días, las experiencias religiosas más recurrentes tienden a situarse en el sujeto mismo, gravitando entre la profundidad de su alma y la inmensidad del universo.

A la vista de las pretensiones secularistas que afirman sin cesar la autonomía de todo y de todos en relación con la religión y Dios, y teniendo en cuenta la complejidad de las irrupciones religiosas de carácter más subjetivo y sus derivaciones (y degeneraciones), los cristianos se encuentran desafiados por una adhesión más fuerte y convencida al Evangelio como inspiración permanente de su experiencia de fe y norma suprema de su acción en la historia. Como seguidores de Jesucristo, creemos firmemente en el poder transformador de su mensaje, capaz de comunicar vida y esperanza a todo ser humano, así como enriquecer y purificar toda la cultura que se expone a su luz, teniendo como centro dinamizador la caridad que viene de Dios y nos hermana a unos con otros. De acuerdo con los últimos Pontífices (Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco), a pesar de las variaciones en los énfasis adoptados por cada uno, la perenne actualidad del Evangelio, con sus luces y exigencias,

⁹ LIBANIO. *A religião no início do Milênio*, p. 11.

constituye el telón de fondo de la Nueva Evangelización. La transmisión del mensaje contenido en la vida y misión de Jesucristo, núcleo estructural de la fe cristiana, requiere sabiduría, creatividad, coraje y perseverancia por parte de todo el pueblo de Dios¹⁰. A través del testimonio, el servicio, el diálogo y el anuncio, la Iglesia está llamada a resonar esta Buena Nueva de salvación en todos los corazones y en todos los rincones del mundo, confortada por la compañía de su Señor (cf. Mt 28,20) y afirmándose en la fidelidad al Reino de Dios.

En el contexto de un radical *«cambio de época»*, la Iglesia en América Latina se siente desafiada *«por nuevas turbulencias sociales y políticas, por la difusión de una cultura distante y hostil a la tradición cristiana y por la aparición de diversas ofertas religiosas que tratan de responder, a su manera, a la sed de Dios que nuestros pueblos manifiestan»* (DA 10). Esta Iglesia, que se entiende como *«morada de pueblos hermanos y casa de los pobres»* (DA 8), se ve también impulsada *«a repensar profundamente y relanzar, con fidelidad y valor, su misión en las nuevas circunstancias de América Latina y el mundo»*, sin nunca caer en el pesimismo y el desánimo, y sin pararse en la superficialidad y el conformismo, adaptándose a las circunstancias, pero sin desviarse del centro y meta que la fe cristiana le indica. Para esto, nada más urgente que *volver a Jesucristo*, en cuya persona la Iglesia contempla su referencia fundante y en cuyo seguimiento redescubre su camino. Cristo es el único capaz de remitir la Iglesia a su misterio y revigorizarla en su misión. Misterio de gracia y de santidad, misión de evangelización y servicio. Sólo así, la Iglesia puede *«confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite*

¹⁰ Cf. ÁLVAREZ, Félix. Reflexiones a propósito de la Nueva Evangelización. Anales de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad, Madrid, tomo 121, n. 2, marzo|abril 2013, p. 125-140. *“La misión que el Señor confía a todos los miembros del Nuevo Pueblo de Dios requiere el coraje, la audacia y el profetismo de las mejores épocas de la Iglesia”* (p. 140).

discípulos-misioneros» (DA 11), comprometiéndose así para que «la fe, la esperanza y el amor renueven la vida de las personas y transformen las culturas de los pueblos» (DA 13). Después de todo, «lo que nos define no son las dramáticas circunstancias de la vida, ni los desafíos de la sociedad o las tareas que debemos emprender, sino el amor recibido de Dios, gracias a Jesucristo por la unción del Espíritu Santo» (DA 14).

La Vida Consagrada y el ministerio ordenado están inmersos en esta sociedad secularizada y, por lo tanto, no se escapan del peligro de que se diluya su identidad. Este peligro se presenta subrepticamente y, a menudo, se inmiscuye en la vida cotidiana de no pocos. Es lo que se ve, por ejemplo, entre los que, aunque empeñados en actividades y obras de notable proyección social o de primera necesidad para las instituciones a las que pertenecen, no advierten el vacío espiritual que los invade y que se manifiesta en la introyección del código implícito según el cual es correcto discurrir sobre justicia social, coyuntura política, técnicas de gestión, pero no propiamente sobre Cristo y su Evangelio. Si bien es cierto que la boca habla de la abundancia del corazón (cf. Mt 12,34), callarse sobre lo específico de la fe cristiana puede señalar la necesidad y la urgencia de *evangelizar la propia vocación*, de nuevo llenando el corazón de aquello o, mejor, de Aquél a quien debemos anunciar y cuyo proyecto estamos llamados a vivir. Como consecuencia de esta secularización más o menos consciente, emergen las adhesiones parciales y selectivas a la consagración y al ministerio, es decir, se viven aquellos aspectos que más agradan al ego o que son más adecuados para la conveniencia y los intereses personales: se fabrica una espiritualidad de muchos matices, algunos incluso ajenos a la fe cristiana; se escogen las personas con las que se quiere convivir y los lugares en los que se desea trabajar; se eligen las actividades que son más adecuadas a las habilidades particulares; se priorizan las virtudes más fáciles de incorporar a la propia personalidad; se desarrolla un estilo de vida híbrido, carente de convicciones y compromisos, adaptado a las modas y tendencias; se legitima psicológicamente todo tipo de postura y se justifica sin dificultad

cualquier procedimiento, ya que «*cada uno es cada uno*», «*sobre gustos no hay nada escrito*», «*depende de cada persona*», «*sólo Dios puede juzgar*». El rechazo a los valores y principios objetivos da a luz al consagrado, el sacerdote o el misionero *light*, superficial, incoherente, descafeinado, débil en la fe, en la caridad, en la misión, en la comunidad, en las virtudes, en los consejos evangélicos, en su identidad esencial¹¹. Y tal enfriamiento puede ocurrir o agravarse en cualquier etapa de la vida.

Del mismo modo, la CM se siente desafiada a tonificar su *identidad espiritual y apostólica*, sin perder nunca de vista su centro dinámico que no es otro que Jesucristo, enviado por el Padre para evangelizar a los pobres (cf. Lc 4,18) y misteriosamente presente en los más pequeños de sus hermanos (cf. Mt 25,40), como San Vicente lo contempló y propuso a nuestra contemplación. Sólo revestidos del espíritu de Cristo, podemos inflamarnos en su caridad y llevar a cabo su misión. En tiempos de secularismo, crisis de sentido e irrupción de lo religioso, nada parece ser más urgente que esto: *volver a Jesús para evangelizar*¹². Jesucristo es la regla inspiradora y el contenido

¹¹ Cf. GONZÁLEZ-CARVAJAL, Luis. La fe de Vicente de Paúl ante una sociedad de increencia. *Anales de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad*, Madrid, tomo 118, n. 3, mayo-junio 2010, p. 281-283.

¹² Este es el título de un oportuno y esclarecedor artículo publicado en el contexto de los preparativos para la 42 Asamblea General, que nos advierte del riesgo de una consideración puramente pragmática y operativa de la *identidad apostólica* de la Congregación, sin tener en cuenta el presupuesto indispensable de su *identidad espiritual* (cf. UBILLÚS, José Antonio. Volver a Jesús para evangelizar. *Anales de la Congregación de la Misión y de las Hijas de Caridad*, Madrid, tomo 123, núm. 3, mayo-junio 2015, p. 251-265). En la nota 3, el autor señala: “*Me parece que si bien la misión es muy apremiante en el momento actual, también lo es el conocimiento interno de lo que se va a transmitir en la misión: Cristo. ¡Nadie da lo que no tiene! Tengo la impresión que generalmente nos preocupamos más, y con razón, por la ‘demanda’ misionera y no tanto por la ‘oferta’, es decir por lo que se va a ofrecer, transmitir y compartir prioritariamente en la misión. Esto podría ser signo, por una parte, de una concepción limitada que tenemos de lo que realmente es la misión de Cristo, de la Iglesia y de la CM; por otra parte, de un ‘problema espiritual’*” (p. 251-252).

fundamental de la Nueva Evangelización a la que estamos llamados por la Iglesia en este tiempo primaveral del pontificado del Papa Francisco.

2. En las fuentes de la caridad y de la misión

En medio de la pluralidad religiosa que caracteriza a nuestra época e inseridos en una Iglesia enriquecida y desafiada por una amplia variedad de espiritualidades, sentimos con más fuerza la necesidad de volver a las fuentes de nuestro carisma. Carisma simbolizado por las experiencias de Folleville y Châtillon, desde las que Vicente de Paúl despertó a la singularidad de la gracia que le fue dada para la evangelización y el servicio de los pobres¹³. Gracia recibida en la fe, asimilada en la oración, comprobada en la acción y luego compartida con todos los que se unirían al ideal evangélico del místico de *la caridad misionera*¹⁴. Sólo volviendo a las fuentes, podemos reencontrar, fortalecer y actualizar los valores esenciales y los rasgos determinantes de nuestra identidad vicenciana, con el fin de responder a las llamadas de los pobres y las necesidades de la Iglesia con la densidad espiritual y celo apostólico que, con toda razón, se debe esperar de los hijos de San Vicente.

¹³ Con la autoridad de experto, dijo el Padre J. M. Ibáñez: “*En estas experiencias de fe (Gannes-Folleville y Châtillon-les-Dombes), Vicente descubre su vocación y misión. Dado que, en lo más profundo de sí mismo, decidió entregarse a Dios en el servicio a los pobres ya no puede tener dudas sobre dónde encontrar a Dios y vivir las exigencias de este don. Don de Dios que alimenta continuamente el enfrentamiento de la fe con la injusticia perpetrada contra los pobres. A partir de esta doble experiencia, Vicente decide dedicarse con todas sus fuerzas para servir a Dios en los pobres, que ‘mueren de hambre y se condenan’*” (*Vicente de Paulo: a fé comprovada no amor*. São Paulo: Paulinas, 1997, p. 53-54).

¹⁴ Sobre San Vicente como místico, cf. GROSSI, Getúlio Mota. *Um místico da Missão, Vicente de Paulo*. 2ª ed. Belo Horizonte: Congregação da Missão, 2016, p. 287-330 (Cap. VI: Um místico da Missão?). | ORCAJO, Antonino. San Vicente de Paúl, místico de todo tiempo. *Anales de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad*, Madrid, tomo 116, n. 2, marzo|abril 2008, p. 142-156. Sobre la mística vicenciana y su carácter unificador de la contemplación y de la acción, ver: ÁLVAREZ, Javier. La mystique vicentienne. *Echos de la Compagnie*, mars|avril 2009, n. 2, p. 89-100.

Nuestro fundador ya estaba convencido de la importancia de una apropiación amplia y profunda de lo específico de nuestra vocación, sin que esto implique complejo de superioridad o aislamiento narcisista. Por el contrario, Vicente insistió en que sus Padres y Hermanos supiesen reconocer los méritos de las diferentes familias espirituales que adornaban la Iglesia de su tiempo. Eso es lo que dejó claro en su famosa conferencia sobre la caridad, de 30 de mayo de 1659: *“Dios ha suscitado a esta Compañía, como a todas las demás, por su amor y beneplácito. Todas tienden a amarle, pero cada una lo ama de manera distinta: los Cartujos por la soledad, los Capuchinos por la pobreza, otros por el canto de sus alabanzas; y nosotros, hermanos míos, si tenemos amor, hemos de demostrarlo llevando al pueblo a que ame a Dios y al prójimo, a amar al prójimo por Dios y a Dios por el prójimo. Hemos sido escogidos por Dios como instrumentos de su caridad inmensa y paternal, que desea reinar y ensancharse en las almas”* (SVP XI, 553 | COSTE XII, 262). Identidad es la manifestación visible de lo que nos constituye esencialmente, la realización histórica de lo que somos. Al igual que toda identidad espiritual y apostólica, la identidad vicenciana tiene una estructura dual: *interior* o *carismática*, que incluye valores, predisposiciones, convicciones y motivaciones, y *exterior* o *profética*, lo que se traduce en un estilo de vida marcadamente caritativo y misionero. Aunque tiene un carácter permanente, la identidad vicenciana se configura en un *proceso continuo de construcción*, de acuerdo a las circunstancias y necesidades de cada contexto en el que se arraiga y da fruto. Es, por lo tanto, una *«trayectoria trazada entre dos rocas: la de la esencia heredada y la de la existencia históricamente construida»*¹⁵. Somos, al mismo tiempo, herederos y artesanos de nuestra identidad. En cuanto que carisma y profecía, la identidad vicenciana se presenta como don y tarea, no sólo un testamento recibido del pasado, sino también un

¹⁵ SUESS, Paulo. *Introdução à Teologia da Missão*. Convocar e enviar: servos e testemunhas do Reino. Petrópolis: Vozes, 2007, p. 186.

objetivo a alcanzar, un propósito a ser asumido, enriquecido por múltiples interacciones, siempre en busca de la unidad que le da sentido y que dota de consistencia y contenido a nuestras vivencias y compromisos¹⁶.

Del mismo modo que una planta por robusta y pujante que pueda parecer, precisa de la savia que viene de sus raíces, así también la actualización de un carisma no se puede hacer sin que se busque, en sus orígenes, la frescura de la inspiración que le hizo nacer y que lo mantienen *dinámico*, o sea, abierto a oportunas adecuaciones, y *profético*, capaz de responder con eficacia a los desafíos de las diferentes situaciones y realidades. «*Cuando la herencia se procura imponer como algo concluido y cuando la construcción de lo nuevo deja de lado las raíces, allí surgen campos demasiado abiertos o demasiado cerrados*»¹⁷. Las «novedades» que queremos ofrecer a los pobres y a la Iglesia, como *herederos* y *artesanos* de la identidad vicentina, de modo ningún pueden prescindir del recurso a las intuiciones del santo fundador, al patrimonio espiritual que él nos legó y a la tradición que se ha configurado a lo largo de los 400 años de realización del carisma. Siguiendo al Concilio Vaticano II, el Papa Pablo VI recordó que el retorno a las fuentes es un principio permanente de revitalización carismática y apostólica, invitando a todas las personas consagradas a ser «*fieles al espíritu de sus fundadores, a sus intenciones evangélicas y al ejemplo de sus santidad, viendo en eso, precisamente, uno de los principios de la renovación en curso y uno de los criterios más seguros de aquello que cada instituto debería emprender*»¹⁸. Y el actual pontífice supo actualizar este llamamiento: «*Poner atención en la propia historia es indispensable para mantener viva la identidad y fortalecer la*

¹⁶ Sobre el carácter dinámico y evolutivo de toda identidad, ver: BAUMAN, Zigmunt. *Identidade*. Entrevista a Benedetto Vecchi. Rio de Janeiro: Zahar, 2005, p. 16-31. En perspectiva cristiana: BÜHLER, Pierre. A identidade cristã: entre a objetividade e a subjetividade. *Concilium*, 216 (1988/2), p. 25-27.

¹⁷ SUESS. *Introdução à Teologia da Missão*, p. 186.

¹⁸ *Evangelica testificatio*, n. 11.

unidad de la familia y el sentido de pertenencia de sus miembros. No se trata de hacer arqueología o cultivar inútiles nostalgias, sino de recorrer el camino de las generaciones pasadas para redescubrir en él la chispa inspiradora, los ideales, los proyectos, los valores que las han impulsado, partiendo de los fundadores y fundadoras y de las primeras comunidades"¹⁹.

Nuestra tarea, por tanto, consiste en acortar la distancia entre el regreso a los fundamentos y la proyección de nuevas rutas para el presente y el futuro de la misión y de la caridad. De hecho, especialmente en tiempos de tantas «diversidades», no estamos autorizados a considerar como suficientemente asimilados los principios que unifican nuestra identidad, definen nuestra propia fisonomía y aseguran la fuerza profética del carisma vicenciano. Si no nos apropiamos del específico de nuestro carisma, no tendremos nada que ofrecer, sino una presencia híbrida, una palabra inocua y una actuación inconsistente. Privada de su impulso vital, proporcionado únicamente por el carisma que el Espíritu le dio a través de la mediación del fundador²⁰, la Congregación no sería capaz de comunicar esperanza a los pobres ni cooperar en la Nueva Evangelización que la Iglesia se propone en este momento histórico,

¹⁹ PAPA FRANCISCO. Carta Apostólica a todos los Consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada, n. 1.

²⁰ Interesante rescatar aquí lo que se dice acerca de la identidad de la Vida Consagrada (VC) en general. En la multiplicidad de sus expresiones, la VC se caracteriza por sus aspectos carismático y profético. La dimensión carismática señala la acción del Espíritu Santo en los corazones de los fundadores, moviéndolos a responder con iniciativas concretas y originales a los desafíos de la Iglesia y de la sociedad de cada época, sobre todo en contexto de crisis y de falta de humanidad. Esta experiencia fundante se convierte en el marco de referencia de cada congregación. Será preciso remitirse a ella una y otra vez, bajo pena de incurrir en infidelidad al Espíritu, en caso de que caiga en el olvido. La dimensión profética tiene que ver con el momento histórico y el contexto socioeconómico eclesial en el que operan las congregaciones (cf. VITÓRIO, Jaldemir. *A pedagogia na formação: reflexão para formadores na Vida Religiosa*. São Paulo: Paulinas, 2008, p. 21-22).

al mismo tiempo convulsivo y prometedor, alentado por la lucidez de un hombre providencial llamado Francisco (¡a quien tal vez nos gustaría llamar Vicente!)²¹.

A nadie se le escapa a esta verdad de fe que Vicente de Paúl quiso grabar, con letras de oro, en el corazón de sus Padres y Hermanos: «*Cristo es la regla de la Misión*» (SVP XI, 429 | COSTE XII, 130)²², inspiración permanente, marco de vida y modelo perfecto para cada Misionero. Éste, de hecho, se reconoce destinado a continuar la obra salvadora del Hijo de Dios, enviado a evangelizar a los pobres (cf. Lc 4,18). Por eso, necesita estar en continua relación con Cristo para recibir todo lo que debe colocar a disposición de los que evangeliza. Para San Vicente, la adhesión total a Cristo es el corazón de la vocación caritativo-misionera de sus Cohermanos: “*El estado de los Misioneros es un estado conforme con las máximas evangélicas, que consiste en dejarlo y abandonarlo todo, como los apóstoles, para seguir a Jesucristo y para hacer lo que conviene, a imitación suya*” (SVP XI, 697 | COSTE XI, 1)²³. Este es el compromiso que acompaña y enriquece a toda la existencia del Misionero, a pesar de sus limitaciones y debilidades: asemejarse progresivamente a Jesucristo, conformarse cada vez más a su persona, asimilar sus valores y criterios, imbuirse de sus actitudes y sentimientos (cf. Mt 11,29; Jn 13,15; Fl 2,5), en proceso de conversión continua, de modo que el Evangelio se manifieste en el vivir, el convivir y el actuar de los miembros de la Congregación: “*El propósito de la Compañía es imitar a nuestro Señor, en la medida en que pueden hacerlo unas personas pobres y ruines. ¿Qué quiere decir esto? Que se ha propuesto conformarse con él en su comportamiento, en sus acciones, en sus tareas y en sus fines. ¿Cómo puede una persona representar a otra, si no tiene los mismos rasgos, las mismas líneas,*

²¹ Sobre la Vida Consagrada en el pontificado de Francisco, cf. PALACIO, Carlos. O Papa Francisco interpela a Vida Consagrada. *Convergência*, Brasília, ano LI, n. 488, jan.|fev. 2016, p. 62-76.

²² Conferencia sobre la búsqueda del Reino de Dios, de 21 de febrero de 1659.

²³ Extracto de una conferencia sobre la vocación del Misionero, no fechada.

proporciones, modales y forma de mirar? Es imposible. Por tanto, si nos hemos propuesto hacernos semejantes a este divino modelo y sentimos en nuestros corazones este deseo y esta santa afición, es menester procurar conformar nuestros pensamientos, nuestras obras y nuestras intenciones a las suyas” (SVP XI, 383 | COSTE XII, 75)²⁴. Como nos asegura el santo fundador, revistiéndose de nuestra condición humana, Cristo “ha querido poner en nosotros el germen del amor que es la semejanza” (SVP XI, 65 | COSTE XI, 145)²⁵. Es de Cristo que el cristiano recibe su «forma» (Gal 4,4)²⁶. Sólo en él, el ser humano encuentra su plena realización. Fuera de él, el trabajo apostólico corre el riesgo de degenerar en el activismo compulsivo y moralismo sin alma. Por lo tanto, en el sentir de San Vicente, el Misionero es, en primer lugar, un seguidor convencido y apasionado de Jesucristo.

3. Revestirse del espíritu de Cristo para evangelizar

En medio de los contratiempos del contexto actual, el DARSE señala la dirección: *“Los cristianos necesitamos recomenzar desde Cristo, desde la contemplación de quien nos ha revelado en su misterio la plenitud del cumplimiento de la vocación humana y de su sentido. Necesitamos hacernos discípulos dóciles, para aprender de Él, en su seguimiento, la dignidad y plenitud de la vida. Y necesitamos, al mismo tiempo, que nos consuma el celo misionero para llevar al corazón de la cultura de nuestro tiempo, aquel sentido unitario y completo de la vida humana que ni la ciencia, ni la política, ni la economía ni los medios de comunicación podrán proporcionarle. En Cristo Palabra, Sabiduría de Dios (cf. 1Co 1,30),*

²⁴ Conferencia sobre el fin de la CM, de 6 de diciembre de 1658.

²⁵ Exhortación a un Hermano moribundo, de 1645.

²⁶ En su *Comentario a la Carta a los Gálatas*, San Agustín afirma lo siguiente: *“Cristo es formado en aquél que recibe la forma de Cristo. Recibe la forma de Cristo quien se adhiere a Cristo con espiritual amor. De ello se desprende que, imitándolo, se convierta en lo que él es, en la medida que es posible. Quién dice que está en Cristo, nos dice Juan, debe caminar como también él caminó”* (Oficio de Lecturas del jueves de la 5ª semana del Tiempo Ordinario).

la cultura puede volver a encontrar su centro y su profundidad, desde donde se puede mirar la realidad en el conjunto de todos sus factores, discerniéndolos a la luz del Evangelio y dando a cada uno su sitio y su dimensión adecuada” (n. 41). Partir de Cristo, de la contemplación de su rostro, de la revelación de que él nos trajo acerca de la paternidad de Dios, fuente de la vida y del amor, y de la dignidad del ser humano, llamado a realizarse en el mismo amor que lo creó, lo sostiene y plenifica. Así que tenemos que hacer de Cristo la referencia absoluta de la vida, el punto de enfoque en nuestra relación con Dios y con el prójimo, la inspiración permanente de nuestra acción. Para ello, el primer paso es llegar a ser discípulos que escuchan, aprenden y asimilan. El segundo paso, simultáneo al primero, es compartir, proponer y anunciar lo que hemos visto y oído en la convivencia con el Maestro, convencidos, como estamos, de que en él se delinean el sentido pleno de la existencia humana, la transparencia perfecta del Padre, el criterio ético más iluminador y el horizonte último de la vida y de la historia (cf. Col 2,6-7.9)²⁷.

Creemos en Jesucristo como la respuesta completa y definitiva al misterio del ser humano y de la historia, porque sólo él nos hace conocer la fuente, el alcance y el destino de nuestra humanidad y toda la creación (cf. Col 1,15-20). En la persona de Jesús – camino por el cual Dios viene a nosotros para atraernos y por el cual nuestros pasos se dirigen a Dios – *«está el origen, lo esencial para lo cual nos tenemos siempre que volver, sobre todo en tiempos de inestabilidad y cambio»*²⁸. La centralidad de Cristo, por lo tanto, no sólo es un tema de espiritualidad. Su horizonte es más amplio. También tiene que ver con la ética sobre la que descansa nuestro vivir, convivir y actuar. De una mística auténticamente cristiana, nace una conducta alimentada por la misma savia, hilvanada con los mismos valores y

²⁷ El Vaticano II fue suficientemente claro al iluminar con el misterio de Cristo las preguntas más inquietantes sobre el ser humano y el mundo: cf. *Gaudium et spes*, n. 10.

²⁸ MESTERS, Carlos. Voltar às origens: voltar ao essencial da Boa Nova que Jesus nos trouxe. *Convergência*, Rio de Janeiro, ano XLI, n. 389, jan./fev. 2006, p. 14.

dirigida a la misma meta. Una espiritualidad cristiana bien cultivada inspira e impulsa el sentido y la consistencia de la vida, la integridad humana y la coherencia personal, la honestidad y la transparencia, la fidelidad y la creatividad, la cordialidad y la compasión, la disponibilidad y la entrega, el servicio a los otros y el cuidado de la creación, la esperanza y la perseverancia. Sin el cultivo de la espiritualidad cristiana, sin referencia consciente y clara a Cristo, todos estos valores y actitudes estarían, por tanto, careciendo de fundamento sólido, de guía segura, de mejora continua y de impulso vital.

Dada la fragilidad de las experiencias religiosas que pululan entre nuestros contemporáneos en este momento de muchas emergencias fugaces y de pocas experiencias profundas en el campo de la espiritualidad y la ética, fácilmente descubrimos lo mucho que necesitamos una fe más coherente, así como una vida espiritual más constante y desbordante, que nos hagan vivir y actuar en consecuencia con la gracia recibida. También para nosotros, Padres y Hermanos de la Misión, sirve el famoso axioma de Karl Rahner, debidamente aplicado a nuestra identidad vocacional: el misionero vicentino o será místico, o sea alguien que haya hecho una fuerte experiencia de Dios en el centro de su vida, o no será verdaderamente misionero vicentino²⁹. Sabemos que toda experiencia de Dios propiamente cristiana requiere, como *conditio sine qua non*, el seguimiento de Jesucristo, entendido y vivido como identificación con su persona, asimilación de su mensaje y compromiso con su causa. San Vicente de Paúl no deja dudas respecto a esto. Solamente revestidos del

²⁹ Esta es la afirmación textual Rahner: “*El cristiano del futuro o será un místico, es decir, una persona que ha experimentado algo, o no será cristiano*”. Y añade, ofreciéndonos una imagen de la sociedad en la que hoy nos encontramos: “*Porque la espiritualidad del futuro no se apoyará ya en una convicción unánime, evidente y pública, ni en un ambiente religioso generalizado, previos a la experiencia y la decisión personales*” (*Escritos de Teología VII*. Escritos pastorales. Madrid: Taurus, 1969, p. 25).

espíritu de Cristo, entramos en comunión con el Padre, acogiendo la iniciativa de su amor fiel, discerniendo su voluntad y abrazando la misión que él nos da como participación en la obra salvadora de la Trinidad. Del mismo modo, solamente identificados con Cristo, podremos ser para los pobres una nueva parábola del Reino, una irradiación de la caridad compasiva aprendida del Maestro. El conocimiento de Jesucristo es el amor que genera semejanza, lo que nos da su *forma* o que lo *forma* en nosotros (*crístiformes*), lo que nos introduce en su amistad (*crístófilos*), lo que nos hace capaces de llevarlo en todo lo que hacemos y hablamos (*crístóforos*), dejando vibrar su corazón en nosotros, permitiendo que sus sentimientos y criterios se transparenten en nuestra presencia y actuación.

a. *Conformarse a Cristo*, cultivar la *amistad* con él y *llevarlo* por donde quiera que andemos implican, indiscutiblemente, la continua recomposición de la dimensión espiritual de nuestra vida, la única capaz de alimentar y desarrollar la experiencia del Dios y Padre de Jesús de Nazaret (cf. Lc 11,1s), solidificando nuestras convicciones, mejorando nuestra humanidad, recreando nuestra fidelidad y dinamizando nuestro ardor misionero. A través de los siglos, la Iglesia nunca ha temido en considerar las tres fuentes de encuentro privilegiado con Cristo: el *Evangelio*, la *Eucaristía* y los *Pobres*. San Vicente sabía cómo mantenerlas estrechamente relacionadas en su experiencia de fe y en su compromiso apostólico, insistiendo en que sus Misioneros las tuviesen siempre presentes e integradas³⁰. Si no encontramos a Cristo en sí mismo, según su humanidad hecha de amor

³⁰ Las Reglas Comunes nos aseguran esta integración: cf. RC I, 1; X, 3. 8. En la conferencia sobre la observancia de las Reglas, de 17 de mayo de 1658, dice, el santo fundador: “*Otro motivo por el que debemos ser fieles a la observancia de nuestras reglas es que todas ellas están sacadas del Evangelio, como veréis; sí, como veréis; y todas ellas tienden a conformar nuestra vida con la que Nuestro Señor llevó en la tierra. Vino Nuestro Señor y fue enviado por su Padre a evangelizar a los pobres (...). ¡Padres, a los pobres! ¡como, por la gracia de Dios, trata de hacer la pequeña Compañía!*” (SVP XI, 323|SV XII, 3).

incondicional al Padre ya los hermanos, como el Evangelio nos lo presenta³¹, si no celebramos su misterio en la Eucaristía, de manera *consciente, activa y fructuosa*, en comunión con aquellos que lo siguen por el mismo camino, ¿Cómo reconocer su imagen en los rostros desfigurados de los pobres, con los que se identifica y desde los que nos interpela? ¿Y cómo ver a los pobres con los ojos de Cristo, teniendo en cuenta la dignidad y el valor que poseen, si no conocemos de cerca la sensibilidad y la solicitud con las cuales Jesús de Nazaret acogía, entendía y atendía a los más pequeños de sus hermanos? El encuentro con Cristo en los pobres presupone, confirma y aclara el encuentro con Cristo en el Evangelio y la Eucaristía. Pase lo que pase, Cristo siempre nos remite a los pobres. Imposible, por ejemplo, no descubrir a los pobres como la compañía habitual de Jesús en los evangelios y sus principales interlocutores³². La Eucaristía, celebrada con honestidad, siempre renueva la llamada a la caridad y el envío misionero³³, sin la cual la experiencia sacramental se vería privada

³¹ Un santo obispo del siglo V, Asterio de Amasea, muestra, en una de sus homilias, como se puede pasar de la contemplación del Evangelio a la práctica pastoral de la caridad: *“Imitemos el ejemplo de Cristo como pastor. Contemplemos los Evangelios y viendo en ellos, como en un espejo el ejemplo de su solicitud y bondad, aprendamos a practicarlas”* (Oficio de las Lecturas del jueves de la 1ª semana de Cuaresma).

³² Cf. Mc 1,32-33. 7,24-30; Mt 5,3. 8,16-17. 11,25-26. 19,13-15; Lc 4,40-41. 6-20-23. 8,2s; Jn 4,7-42. Sabemos lo que dijo San Vicente sobre la relación de Jesús con los pobres en la conferencia sobre la perseverancia en la vocación de 29 de octubre, 1638: *“Y si se le pregunta a Nuestro Señor: ‘¿Qué es lo que has venido a hacer en la tierra?’ - ‘Asistir a los pobres’ - ‘¿A algo más?’ - ‘A asistir a los pobres’. En su compañía, no tenía más que a los pobres y se detenía poco en las ciudades, conversando casi siempre con los aldeanos, e instruyéndolos”* (SVP XI, 34 | COSTE XI, 107).

³³ Una vez, hablando a las Hijas de la Caridad, en la conferencia del 18 de agosto de 1647, San Vicente puso de relieve la relación entre la comunión eucarística, la fidelidad a la vocación y la caridad a los pobres: *“La Hija de la Caridad que ha comulgado bien no hará nada que no sea agradable a Dios; porque hará las acciones del mismo Dios (...). Así pues, cuando veáis a una Hermana de la Caridad servir a los enfermos con amor, con mansedumbre, con gran desvelo, podéis decir sin reparo alguno: ‘Esta hermana ha comulgado*

de sus aspectos más cruciales³⁴. Sin embargo, sin referencia a Cristo, los pobres pueden limitarse a mera categoría social, ante la cual, a lo sumo, podemos hacer constataciones, discursos e investigaciones, pero no necesariamente compadecernos y comprometernos, por habernos faltado lo más importante, el colirio de la fe que nos permite reconocer la dignidad tan a menudo escondida detrás de la miseria que degrada, de la indigencia que humilla y del menosprecio que margina. Para estar con los pobres de manera significativa, evangelizarlos, servirlos y dejarnos evangelizar por ellos, precisamos, por lo tanto, frecuentar el Evangelio y vivir la Eucaristía, precisamos, por fin, una vida espiritual profunda, consistente y difusiva, que nos depure humanamente como Misioneros. Considerar a los pobres sólo como *compañeros de lucha*, sin antes verlos como *hermanos en Cristo*, no parece ser el específico de la predilección cristiana por los desheredados de la historia, y mucho menos de la destinación a los pobres que define esencialmente la identidad

bien” (SVP IX, 309 | COSTE IX, 333-334). Abelly recogió esta pregunta dirigida por San Vicente a sus Padres y Hermanos, “¿No sentís cómo arde en vuestros pechos este fuego divino, cuando recibís el cuerpo adorable de Jesucristo en la Comunión?” (SVP III, 77). Otras referencias de San Vicente sobre la Eucaristía: MALONEY, Robert. El amor es inventivo hasta el infinito. Sobre la Eucaristía en la tradición vicenciana. Vincentiana, Roma, año 47, n. 2, marzo|abril 2003, p. 107-127.

³⁴ Un eco de las intuiciones de nuestro fundador con respecto a la Eucaristía se puede ver en la Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine*, del Papa Juan Pablo II (7 de octubre de 2004), en referencia a la Eucaristía como un *proyecto de misión e impulso de caridad* hacia los más necesitados: “Entrar en comunión con Cristo en el memorial de la Pascua significa al mismo tiempo el deber de ser misioneros del acontecimiento actualizado en el rito. La despedida al finalizar la Misa es como una consigna que impulsa al cristiano a comprometerse en la propagación del Evangelio y en la animación cristiana de la sociedad. La Eucaristía no sólo proporciona la fuerza interior para dicha misión, sino también, en cierto sentido, el proyecto (...). No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesitados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo (cf. Jn 13,35; Mt 25,31-46). En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas” (nn. 24-25.28).

vicentina. Una adecuada visión de los pobres nos franqueará, ciertamente, una comprensión particularmente rica del Evangelio y una experiencia más comprometida de la Eucaristía.

- b. Nadie mejor que San Vicente para hacernos conocer esta verdad e imprimirla en nuestro ser: sólo una vida espiritual en crecimiento y maduración continuos puede delinear en nosotros el perfil del verdadero seguidor de Cristo evangelizador de los pobres. Abelly retuvo esta declaración de quien fue su insigne formador: «*No se puede esperar mucho de un hombre al que no le gusta entretenerse con Dios. Si alguien no cumple como debe sus tareas en el servicio de Nuestro Señor, es porque no se unió a él y no le pidió el auxilio de su gracia con una perfecta confianza*»³⁵. Recorriendo las 8 mil páginas de los escritos, conferencias y documentos de Vicente de Paúl, uno puede notar cómo son abundantes las referencias al valor y la necesidad de la oración, la meditación, la contemplación, los sacramentos, el discernimiento, aspectos inseparables de la vida espiritual³⁶. En una ocasión, para fomentar el discernimiento vocacional de un abnegado sacerdote de la Misión, que dijo que fue cautivado por el recogimiento de los Cartujos, el fundador dijo: «*La vida apostólica no excluye la contemplación, sino que la abraza y se sirve de ella para conocer mejor las verdades eternas que tiene que anunciar*» (SVP III, 320 | COSTE III, 347)³⁷. En diferentes oportunidades, el Padre Vicente se revelará tenazmente convencido de la necesidad de cultivar la dimensión contemplativa de la vocación de sus Misioneros, insistiendo especialmente en la

³⁵ ABELLY, tomo III, p. 50.

³⁶ Cf. MALONEY, Robert. Conjugar la acción y la contemplación: una clave para entender a Vicente de Paúl. *Vincentiana*, Roma, año 44, n. 2, marzo/abril 2000, p. 175-192. Ver también: DODIN, André. *En prière avec Monsieur Vincent*. Paris: Desclée de Brouwer, 1982 (con gran antología de oraciones compuestas por el propio San Vicente). Cf. también los 10 artículos reunidos en el volumen: *San Vicente de Paúl y la oración*. XXV Semana de Estudios Vicencianos. Salamanca: CEME, 2000.

³⁷ Carta al Padre Claudio Dufour, misionero en Saintes, de 24 de julio de 1648.

práctica de la oración (cf. SVP XI, 285 | COSTE XI, 407-408). Sólo un auténtico místico es capaz de dar a la oración el lugar que le corresponde como ejercicio que nos dispone a recibir con docilidad lo que el Señor quiere darnos para hacer nuestra vida fructífera e impulsar nuestro compromiso misionero. Después de haber escuchado al mismo fundador referirse a la vida espiritual de manera tan clara e incisiva y conociendo su trayectoria tan fuertemente marcada por la vivencia de la oración, imposible decir que la vida espiritual no sea una prioridad entre los miembros de la CM o que la actividad apostólica sea suficiente para vivir la vocación vicentina y configurar nuestra identidad en la Iglesia. También es imposible aceptar como normal que un Misionero no reserve momentos de cada día para la meditación; que una comunidad local no establezca horarios de oración, apoyados en la liturgia de la Iglesia y en la tradición vicenciana; que no nos preparemos para anunciar la Palabra de Dios con convicción y de manera comprensible; que no celebremos la Eucaristía con unción, simplicidad y belleza; que no recurramos regularmente al sacramento de la Reconciliación, buscando el perdón y la paz que sólo el Señor puede darnos; que no creemos tiempos y ambientes de silencio en nuestras Casas; que no seamos hombres verdaderamente espirituales, lo que de ninguna manera nos haría menos apostólicos. De hecho, todo lo contrario, en nuestro fundador, tenemos una prueba plena e indiscutible de que cuanto más nos fortalecemos de la savia de Jesucristo en la oración, más fructificamos en la caridad y en la misión, tanto a nivel personal como comunitariamente. En los consejos que dirigió al joven Padre Durand, dijo San Vicente: *“Una cosa importante, a la que usted debe atender de manera especial, es tener mucho trato con Nuestro Señor en la oración; allí está la despensa de donde podrá sacar las instrucciones que necesite para cumplir debidamente con las obligaciones que va a tener”* (SVP XI, 237 | COSTE XI, 344)³⁸.

³⁸ Avisos a Antonio Durand, nombrado superior del Seminario de Agde, en 1656.

En las décadas anteriores al Vaticano, la vida espiritual en la Congregación (y en la VC en su conjunto) estaba pasando por una especie de saturación, plagada de prácticas y costumbres obsoletas, especialmente en lo que se refiere a los horarios, las formas, los lenguajes, estilos, etc³⁹. El proceso de recepción del Concilio, fue la ocasión propicia para hacer el cultivo de la oración personal y comunitaria menos rígido, sin dejar de ser profundo; menos formal, sin dejar de ser constante; menos rubricista, sin dejar de ser metódico. También entre nosotros, los intentos de aplicación no siempre se mostraron fieles, fecundos y felices, optando a veces por relegar la oración a un segundo plano y sirviéndose, a menudo, de justificaciones cuestionables e incluso contrarias al espíritu de la C.M., como, por ejemplo, la de que nuestra espiritualidad se destinaría únicamente a la acción y, por lo tanto, ésta se convertiría en nuestra oración, dispensándonos de rezar. No hay, en San Vicente y en la legítima tradición de la Compañía, absolutamente nada que sirva de base para este tipo de discurso o práctica. Sería suficiente analizar el argumento que enmarca la repetida frase: «*Totum opus nostrum in operatione consistit*». Se trata, en verdad, de una integración perfecta entre la contemplación y la acción, la oración y el trabajo, el amor a Dios y al prójimo: “*La Iglesia es comparada con una gran cosecha que requiere trabajadores para la tarea. No hay nada más conforme al Evangelio que acumular luces y fuerzas para la propia alma en la oración, en la lectura y la soledad, e ir luego compartiendo con los hombres este alimento espiritual. Y hacer lo que hizo nuestro Señor y los apóstoles después de él, es unir el oficio de Marta y de María, es imitar a la paloma que digiere la mitad de los alimentos que tomó y coloca el resto, con su propio*

³⁹ Para una visión de conjunto de la VC en el período inmediatamente anterior al Vaticano II, a partir de una experiencia emblemática: MATOS, Henrique Cristiano José. *Um religioso em mudança de época*. Vol. 1. Belo Horizonte: CMM, 2010, p. 123-134.

pico, en el pico de sus polluelos, para alimentarlos. Así es como debemos hacer, así es como debemos testimoniar a Dios por nuestras obras, que lo amamos» (SVP XI, 734 | COSTE XI, 41)⁴⁰. Sólo una vida espiritual consistente, alimentada por la oración, posibilita hacer de nuestro empeño apostólico una clara demostración de que amamos al Señor, «con la fuerza de nuestros brazos y el sudor de nuestra frente» (COSTE XI, 41), manteniendo juntos el amor afectivo y el amor efectivo. En los últimos años, nos hemos dado cuenta de la sed de Dios y el deseo de una vida espiritual más profunda por parte de los jóvenes que vienen a nuestras casas de formación, así como de muchos Cohermanos en general, especialmente aquellos que se sienten más o menos cansados y desilusionados, incluso después de haber dedicado sus mejores energías a la misión. ¿No sería esto un signo de los tiempos digno de toda la atención de nuestra parte? ¿No sería el momento de modificar los énfasis empleados o de avanzar en direcciones que fueron olvidados y ajustar nuestras ideas, discursos y prácticas a una comprensión más leal y unificadora de la herencia de San Vicente? La perseverancia, la fidelidad y el entusiasmo necesarios para la caridad y la misión ¿no estarían relacionados con el redescubrimiento de la riqueza y profundidad de la vida espiritual que nos identifica y nos caracteriza como Vicentinos? ¿No estaría ahí la chispa renovadora de la coherencia de la cual tanto precisamos y del compromiso evangélico con la causa de los pobres?

- c. Como se mencionó anteriormente, el cultivo de la vida espiritual tiene desdoblamientos de notable alcance ético, porque toda mística repercute en la comunidad y en la misión, en la convivencia y en la actuación de los Misioneros. Por lo tanto, una espiritualidad vicentina bien cultivada sin duda no dejará de incidir en la asimilación de las virtudes que caracterizan el espíritu

⁴⁰ Fragmento de una conferencia sobre el amor de Dios.

de la Congregación⁴¹. Virtudes estas que nos llevan a «*actuar siempre de acuerdo a las máximas de Cristo*» (RC II, 1), buscando el Reino de Dios por encima de todo y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre. San Vicente quería que estas virtudes fuesen «*las facultades del alma de toda la Congregación*» y «*animasen todas nuestras acciones*» (RC II, 14)⁴². Al configurar a Jesucristo, las virtudes humanizan y capacitan al Misionero para vivir su vocación de evangelizador de los pobres, según el carisma que el Espíritu le dio a través del fundador⁴³. En este punto, hay que tener cuidado de no confundir virtud con inclinación natural, predisposición psicológica o herencia cultural. El Catecismo define la virtud como «*una disposición habitual y firme para hacer el bien. Permite a la persona no sólo realizar actos buenos, sino dar lo mejor de sí mismo. Con todas sus fuerzas sensibles y espirituales, la persona virtuosa tiende hacia el bien, lo persigue y lo elige en la práctica*»⁴⁴. Virtud requiere, por lo tanto, ascetismo, compromiso de la libertad, esfuerzo permanente para pulir la propia humanidad y

⁴¹ Sobre las cinco virtudes vicentinas, ver: MALONEY, Robert. *Un chemin vers les pauvres*. Spiritualité de Vincent de Paul. Paris: Desclée de Brouwer, 1994, p. 41-81. | PÉREZ-FLORES; ORCAJO. *El camino de San Vicente es nuestro camino*, p. 121-136. Sobre las virtudes cristianas en general, incluyendo las que caracterizan a la CM, vale la pena conocer la destacada obra: MOTTO, Andrés Román. *La moral de virtudes en San Vicente de Paúl*. Salamanca: CEME, 2010.

⁴² Otra imagen adoptada por San Vicente para ilustrar la importancia de estas virtudes marcadamente apostólicas es aquella que las compara a las “*cinco limpiísimas piedras de David, con las cuales, en nombre del Señor de los Ejércitos, venceremos al infernal Goliat*” (RC XII, 12).

⁴³ “*Las virtudes apostólicas de la sencillez, la humildad, la mansedumbre, mortificación y celo evangélico son potencias de que se vale el místico de la caridad para revestirse del espíritu de Jesús y prolongar su obra salvadora*” (ORCAJO. *San Vicente de Paúl, místico de todo tiempo*, p. 156). P. Maloney también pone de relieve el papel central que las virtudes ocupan en la tradición vicenciana: “*Estas virtudes fueron tan relevantes en el pensamiento de San Vicente que los herederos de la tradición vicentina en cualquier esfuerzo para adoptarlas, deben tratar de descubrir el significado y las formas que podrían adoptar en el mundo moderno*” (*Un chemin vers les pauvres*, p. 41).

⁴⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1803.

hacerla apta para lo que se muestra verdadero y bueno, justo y oportuno, porque inspirado por Dios (Fil 4,8). Por lo tanto, el ejercicio continuo de las virtudes que perfilan el espíritu de la CM compromete y perfecciona la inteligencia y la voluntad del Misionero, ordenando sus pensamientos, palabras y acciones a la luz de su vocación específica. En esta línea, la caridad y la misión siempre serán acompañadas por la autenticidad (sencillez), la libertad (humildad), ternura (mansedumbre), perseverancia (mortificación) y pasión (celo).

La contribución de la CM a la Nueva Evangelización requiere la profundización y la recreación de su identidad caritativo-misionera, cuyo centro es el seguimiento de Jesucristo evangelizador de los pobres, en el camino recorrido e indicado por San Vicente de Paúl. Sin esta continua referencia a las fuentes, no hay fidelidad que se muestre creativa, igual que no hay creatividad que se mantenga fiel. De hecho, *“la espiritualidad vicentina está marcada por la experiencia espiritual de Cristo y de los pobres que tuvo San Vicente. Por tanto, ser fieles hoy a nuestra identidad en su doble vertiente, espiritual y apostólica, implica convertirnos a esta experiencia: vivir un mayor enraizamiento de nuestra vida en Cristo y un mayor dinamismo para continuar su misión entre los pobres. De ahí brota un nuevo ardor que nos reclama hoy la Iglesia para colaborar en la Nueva Evangelización. Sin esto sería inútil hablar de nuevos métodos y nuevas expresiones. Por consiguiente, la CM, antes de evangelizar y servir a los pobres tiene que volver a beber en las fuentes de donde brota su identidad. El manantial primero fue la pasión de Vicente de Paúl por Cristo y por su misión evangelizadora de los pobres, es lo que transformó su vida dando un sentido y una orientación nuevos a su existencia. Sintonizar, resonar y revivir la experiencia espiritual de nuestro fundador es la condición sine qua non de la renovación evangelizadora”*⁴⁵.

⁴⁵ UBILLÚS. Volver a Jesús para evangelizar, p. 252-254.